

Introducción a la semana

La Palabra de Dios en esta semana pertenece a la lectura continua. En ella se nos ofrecen –primera lectura – textos del libro del Apocalipsis. Sabemos que es un libro escrito para confirmar en la fe y en la esperanza a comunidades cristianas en peligro. Son visiones alegóricas de no fácil comprensión. Los textos evangélicos vienen a ser los últimos episodios de Jesús camino de Jerusalén, en Jericó, las catequesis en las proximidades del fin de su viaje y ya en Jerusalén, en el templo. Impresiona el soliloquio de Jesús al observar la ciudad de Jerusalén poco antes de entrar en ella: Jesús llora lamentando que su ciudad le haya despreciado y anticipando las calamidades que caerían sobre ella.

La Iglesia celebra el lunes quince, la fiesta de san Alberto Magno. De una manera especial la celebra la Familia Dominicana. Fue el sabio medieval por excelencia. Doctor Universal se le ha llamado por la amplitud de su saber. Maestro y descubridor de santo Tomás de Aquino.

Una santa que se recuerda en esta semana merece consideración especial: santa Isabel de Hungría, madre de familia que al enviudar se dedicó al servicio de los más pobres de los enfermos.

Lun

15

Nov

2010

Evangelio del día

Trigésimo tercera semana del Tiempo Ordinario - Año Par

“Recobra la vista”

Primera lectura

Comienzo del libro del Apocalipsis 1, 1-4; 2, 1-5a

Revelación de Jesucristo, que Dios le encargó mostrar a sus siervos acerca de lo que tiene que suceder pronto. La dio a conocer enviando su ángel a su siervo Juan, el cual fue testigo de la palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo de todo cuanto vio. Bienaventurado el que lee, y los que escuchan las palabras de esta profecía, y guardan lo que en ella está escrito, porque el tiempo está cerca.

Juan a las siete iglesias de Asia:

«Gracia y paz a vosotros

de parte del que es, el que era y ha de venir;

de parte de los siete Espíritus que están ante su Trono».

Escuché al Señor que me decía:

Escribe al ángel de la Iglesia en Éfeso:

«Esto dice el que tiene las siete estrellas en su derecha, el que camina en medio de los siete candelabros de oro. Conozco tus obras, tu fatiga, tu perseverancia, que no puedes soportar a los malvados, y que has puesto a prueba a los que se llaman apóstoles, pero no lo son, y has descubierto que son mentirosos. Tienes perseverancia y has sufrido por mi nombre y no has desfallecido. Pero tengo contra ti que has abandonado tu amor primero. Acuérdate, pues, de dónde has caído, conviértete y haz las obras primeras».

Salmo de hoy

Sal 1, 1-2. 3. 4 y 6 R/. Al vencedor le daré a comer del árbol de la vida

Dichoso el hombre

que no sigue el consejo de los impíos,

ni entra por la senda de los pecadores,

ni se sienta en la reunión de los cínicos;

sino que su gozo es la ley del Señor,

y medita su ley día y noche. R/.

Será como un árbol,

plantado al borde de la acequia:

da fruto en su sazón

y no se marchitan sus hojas;

y cuanto emprende tiene buen fin. R/.

No así los impíos, no así;

serán paja que arrebatara el viento.

Porque el Señor protege el camino de los justos,

pero el camino de los impíos acaba mal. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 18, 35-43

Cuando se acercaba Jesús a Jericó, había un ciego sentado al borde del camino pidiendo limosna. Al oír que pasaba gente, preguntaba qué era aquello; y le informaron:

«Pasa Jesús el Nazareno».

Entonces empezó a gritar:

«¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!».

Los que iban delante lo regañaban para que se callara, pero él gritaba más fuerte:

«Hijo de David, ten compasión de mí!».

Jesús se paró y mandó que se lo trajeran.

Cuando estuvo cerca, le preguntó:

«¿Qué quieres que haga por ti?».

Él dijo:

«Señor, que recobre la vista».

Jesús le dijo:

«Recobra la vista, tu fe te ha salvado».

Y enseguida recobró la vista y lo seguía, glorificando a Dios. Y todo el pueblo, al ver esto, alabó a Dios.

Reflexión del Evangelio de hoy

Comenzamos la lectura del libro del Apocalipsis. Y esto nos indica que comenzamos a caminar el último tramo del camino litúrgico. Un camino que nos ha ido adentrando en Dios por medio de su Palabra durante todo un año. Por ello, el libro del Apocalipsis comienza diciendo que su contenido es la revelación de Dios hecha a Jesucristo (y no a Juan). Dios nos dice quién es, cómo es... por medio de Jesucristo. Jesucristo es la última Palabra que se nos dice para apreciar a Dios, la última Palabra de nuestra vida, de nuestro tiempo.

Pero para comprender esto, para hacerlo más personal, y tenga un impacto en nuestra vida, podemos mirar a "Juan". La función de Juan entre Dios y la persona, cada uno de nosotros, es la de ser testigo de la Palabra de Dios, es decir, testimonio de Jesucristo. Juan es el que rubrica, el que testifica a Jesucristo. ¿A quien tiene que certificar? El problema que existía en los tiempos de "Juan" es que los cristianos ya no habían visto directamente a Jesús, ya sólo conocían de oídas... y claro...el problema estaba servido: ¿Cómo vamos a creer en alguien que ni tan siquiera hemos visto? Esta fue una pregunta que se hicieron muchos cristianos, tras la muerte de Jesús y de todos aquellos que lo habían visto y conocido personalmente. Y esta, es una pregunta que, hoy, nos hacemos, nos pueden hacer muchos... y que, desde la muerte de Jesús, tiene una perenne actualidad.

Para arrojar un poco de luz a esta pregunta hemos de leer ahora el Evangelio que se nos propone hoy. Cada uno de nosotros somos ciegos... no hemos visto, tocado, palpado físicamente a Jesús... ¿Cómo vamos a creer en Él? ¿Cómo vamos a creer que es el dador de la Felicidad; más aún, que Él es la Felicidad? ¡Imposible a primera vista!

Efectivamente imposible a primera vista. Pero posible a segunda vista, es decir, posible con la fe del ciego al borde del camino. La fe, el creer, el confiar, el soportar la duda... es la condición para poder ver a Dios. La Palabra de Dios, que certifica Juan en el Apocalipsis, nos ratifica que con fe nos encontraremos con Dios. Es decir, la fe nos hace ver en el gesto de amor... el gesto de Dios; la fe nos permite ver en la mano que da pan, la mano de Dios; con fe podemos ver que el pan de la Eucaristía es el mismo Dios repartiéndose y comiéndose... Con fe podemos ver que en la Palabra de Dios se encuentra nuestra Felicidad. La fe es el ungüento de nuestra ceguera, la condición para poder acceder a la belleza de la Vida, a ver la vida de otra manera, a valorar desde otras categorías.

Celebramos hoy en la Iglesia y, en especial en la Orden de Predicadores, la fiesta de San Alberto Magno. Hombre de Dios, hombre de fe. Ciego, como nosotros, pero que supo ver la belleza de Dios en la naturaleza a la que estudió, a los frailes a los que sirvió y al pueblo al que pastoreó.



Fray José Rafael Reyes González
Convento de San Esteban (Jerusalén)

Mar

16

Nov

2010

Evangelio del día

Trigésimo tercera semana del Tiempo Ordinario - Año Par

“Estoy a la puerta llamando ”

Primera lectura

Lectura del libro del Apocalipsis 3, 1-6. 14-22

Yo, Juan, escuché al Señor que me decía:

«Escribe al ángel de la Iglesia en Sardes:

“Esto dice el que tiene los siete Espíritus de Dios y las siete estrellas. Conozco tus obras, tienes nombre como de quien vive, pero estás muerto. Sé vigilante y reanima lo que te queda y que estaba a punto de morir, pues no he encontrado tus obras perfectas delante de mi Dios. Acuérdate de cómo has recibido y escuchado mi palabra, y guárdala y conviértete. Si no vigilas, vendré como ladrón y no sabrás a qué hora vendré sobre ti. Pero tienes en Sardes unas cuantas personas que no han manchado sus vestiduras, y pasearán conmigo en blancas vestiduras, porque son dignos.

El vencedor será vestido de blancas vestiduras, no borrará su nombre del libro de la vida y confesaré su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles. El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias”.

Escribe al ángel de la Iglesia en Laodicea:

“Esto dice el Amén, el testigo fiel y veraz, el principio de la creación de Dios. Conozco tus obras: no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Pero porque eres tibio, ni frío ni caliente, estoy a punto de vomitarte de mi boca. Porque dices: ‘Yo soy rico, me he enriquecido, y no tengo necesidad de nada’; y no sabes que tú eres desgraciado, digno de lástima, pobre, ciego y desnudo. Te aconsejo que me compres oro acrisolado al fuego para que te enriquezcas; y vestiduras blancas para que te vistas y no aparezca la vergüenza de tu desnudez; y colirio para untarte los ojos a fin de que veas. Yo, a cuantos amo, reprendo y corrijo; ten, pues, celo y conviértete. Mira, estoy de pie a la puerta y llamo. Si alguien escucha mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo.

Al vencedor le concederé sentarse conmigo en mi trono, como yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono.

El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias».

Salmo de hoy

Sal 14, 2-3a. 3bc-4ab. 5 R/. Al vencedor le concederé sentarse conmigo en mi trono

El que procede honradamente
y practica la justicia,
el que tiene intenciones leales
y no calumnia con su lengua. R/.

El que no hace mal a su prójimo
ni difama al vecino.
El que considera despreciable al impío
y honra a los que temen al Señor. R/.

El que no presta dinero a usura
ni acepta soborno contra el inocente.
El que así obra nunca fallará. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 19, 1-10

En aquel tiempo, Jesús entró en Jericó e iba atravesando la ciudad.

En esto, un hombre llamado Zaqueo, jefe de publicanos y rico, trataba de ver quién era Jesús, pero no lo lograba a causa del gentío, porque era pequeño de estatura. Corriendo más adelante, se subió a un sicomoro para verlo, porque tenía que pasar por allí.

Jesús, al llegar a aquel sitio, levantó los ojos y le dijo:

«Zaqueo, date prisa y baja, porque es necesario que hoy me quede en tu casa».

Él se dio prisa en bajar y lo recibió muy contento.

Al ver esto, todos murmuraban diciendo:

«Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador».

Pero Zaqueo, de pie, dijo al Señor:

«Mira, Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres; y si he defraudado a alguno, le restituí cuatro veces más».

Jesús le dijo:

«Hoy ha sido la salvación de esta casa, pues también este es hijo de Abrahán. Porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido».

Reflexión del Evangelio de hoy

“Estoy a la puerta llamando”

En este pasaje del Apocalipsis, el Señor se dirige a dos iglesias, a la de Sardes y a la de Laodicea. Con matices distintos, sus quejas y su actitud de mano tendida son parecidas. Les recrimina que no han sido fieles a las palabras que les dirigió, por eso “estás muerto... no eres ni frío ni caliente, voy a escupirte de mi boca”. Pero les brinda siempre una nueva oportunidad para “arrepentirse y vestirse de blanco” y poder “escribir sus nombres en el libro de la vida”. Para ello, les recomienda comprar “colirio para untártelo en los ojos y ver”. Nos hace falta este colirio, la luz que el Señor nos regala, para ver que su camino es mucho más beneficioso para nosotros que cualquier otro camino. De esta manera no dudaremos y cuando él llame a nuestra puerta le abriremos y tendremos el inmenso gozo de “comer juntos” y disfrutar de su amorosa intimidad. “Estoy a la puerta llamando: si alguien oye y me abre...”.

“Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador”

¡Cómo nos cuesta reconocer al verdadero Jesús! Necesitamos ese colirio del que nos habla la primera lectura para ver claro quién es Jesús y cuáles son sus intenciones. ¡Nos hemos fabricado tantas imágenes falsas de Él! En el evangelio de hoy aparece, una vez más, un Jesús que toma la iniciativa de venir a este mundo, no para darse una vuelta y hacer turismo, sino para acercarse a cada uno de nosotros y ofrecernos su mensaje de salvación y no de condenación. Viene dispuesto a buscar a la oveja que se ha despistado y se ha perdido. Viene dispuesto, como el buen médico, a buscar a los múltiples y variados enfermos aquejados de diversas enfermedades, como la falta de luz, de sentido, de esperanza, o la sobredosis de

ansia de dinero, de prestigio, de odio, de venganza... Para ello nos ofrece una medicina que solo El posee, la medicina de su amor, de su perdón, de su comprensión, de su pan de vida, de... Los cristianos tenemos la experiencia de que es una medicina divina eficaz, capaz de curarnos todas nuestras dolencias. "El Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido".



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Mié

17

Nov

2010

Evangelio del día

Trigésimo tercera semana del Tiempo Ordinario - Año Par

"Negociad mientras vuelvo"

Primera lectura

Lectura del libro del Apocalipsis 4, 1-11

YO, Juan, miré y vi una puerta abierta en el cielo; y aquella primera voz, como de trompeta, que oí hablando conmigo, decía:

«Sube aquí y te mostraré lo que tiene que suceder después de esto».

Enseguida fui arrebatado en espíritu. Vi un trono puesto en el cielo, y sobre el trono uno sentado. El que estaba sentado en el trono era de aspecto semejante a una piedra de diamante y cornalina, y había un arco iris alrededor del trono de aspecto semejante a una esmeralda.

Y alrededor del trono había otros veinticuatro tronos, y sobre los tronos veinticuatro ancianos sentados, vestidos con vestiduras blancas y con coronas de oro sobre sus cabezas. Y del trono salen relámpagos, voces y truenos; y siete lámparas de fuego están ardiendo delante del trono, que son los siete espíritus de Dios, y delante del trono como un mar transparente, semejante al cristal.

Y en medio del trono y a su alrededor, había cuatro vivientes, llenos de ojos por delante y por detrás. El primer viviente era semejante a un león, el segundo a un toro, el tercero tenía cara como de hombre, y el cuarto viviente era semejante a un águila en vuelo. Los cuatro vivientes, cada uno con seis alas, estaban llenos de ojos por fuera y por dentro. Día y noche cantan sin pausa:

«Santo, Santo, Santo es el Señor Dios, el todopoderoso; el que era y es y ha de venir».

Cada vez que los vivientes dan gloria y honor y acción de gracias al que está sentado en el trono, al que vive por los siglos de los siglos, los veinticuatro ancianos se postran ante el que está sentado en el trono, adoran al que vive por los siglos de los siglos y arrojan sus coronas ante el trono diciendo:

«Eres digno, Señor, Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder, porque tú has creado el universo; porque por tu voluntad lo que no existía fue creado».

Salmo de hoy

Sal 150, 1b-2. 3-4. 5-6a R/. Santo, Santo, Santo es el Señor Dios, el todopoderoso.

Alabad al Señor en su templo,
alabadlo en su fuerte firmamento.
alabadlo por su inmensa grandeza. R/.

Alabadlo tocando trompetas,
alabadlo con arpas y cítaras;
alabadlo con tambores y danzas,
alabadlo con trompas y flautas. R/.

Alabadlo con platillos sonoros,
alabadlo con platillos vibrantes.
Todo ser que alienta alabe al Señor. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según san Lucas 19, 11-28

EN aquel tiempo, Jesús dijo una parábola, porque estaba él cerca de Jerusalén y pensaban que el reino de Dios iba a manifestarse enseguida. Dijo, pues:

«Un hombre noble se marchó a un país lejano para conseguirse el título de rey, y volver después.

Llamó a diez siervos suyos y les repartió diez minas de oro, diciéndoles:

"Negociad mientras vuelvo".

Pero sus conciudadanos lo aborrecían y enviaron tras de él una embajada diciendo:

"No queremos que este llegue a reinar sobre nosotros".

Cuando regresó de conseguir el título real, mandó llamar a su presencia a los siervos a quienes había dado el dinero, para enterarse de lo que había ganado cada uno.

El primero se presentó y dijo:

“Señor, tu mina ha producido diez”.

Él le dijo:

“Muy bien, siervo bueno; ya que has sido fiel en lo pequeño, recibe el gobierno de diez ciudades”.

El segundo llegó y dijo:

“Tu mina, señor, ha rendido cinco”.

A ese le dijo también:

“Pues toma tú el mando de cinco ciudades”.

El otro llegó y dijo:

“Señor, aquí está tu mina; la he tenido guardada en un pañuelo, porque tenía miedo, pues eres un hombre exigente que retiras lo que no has depositado y siegas lo que no has sembrado”.

Él le dijo:

“Por tu boca te juzgo, siervo malo. ¿Conque sabías que soy exigente, que retiro lo que no he depositado y siego lo que no he sembrado? Pues ¿por qué no pusiste mi dinero en el banco? Al volver yo, lo habría cobrado con los intereses”.

Entonces dijo a los presentes:

“Quitadle a este la mina y dádsela al que tiene diez minas”.

Le dijeron:

“Señor, ya tiene diez minas”.

Os digo: “Al que tiene se le dará, pero al que no tiene se le quitará hasta lo que tiene. Y en cuanto a esos enemigos míos, que no querían que llegase a reinar sobre ellos, traedlos acá y degolladlos en mi presencia”».

Dicho esto, caminaba delante de ellos, subiendo hacia Jerusalén.

Reflexión del Evangelio de hoy

Con una imaginación oriental y gran refinamiento poético, Juan nos describe una manifestación de Dios, que nos hace recordar las ofrecidas por Daniel, Ezequiel e Isaías. Entre todos los detalles, sobresale Dios mismo, siendo el centro de una liturgia celestial donde no faltan los elementos y detalles de las más puras teofanías.

En el Evangelio se entrecruzan dos parábolas, la de las monedas –los talentos en el texto paralelo de Mateo- y la del pretendiente al trono, quizá por alusión a lo que históricamente sucedió con Arquelao, a la muerte de su padre, Herodes el Grande. Nos interesa, pienso, más la primera, y a ella dedicaremos el comentario.

Derechos humanos y derecho divino

Desde el antiguo derecho romano hasta nuestros días, el derecho de la propiedad privada entrafía que cada uno podamos hacer lo que estimemos oportuno con nuestros bienes, incluso guardarlos debajo de la almohada o esconderlos bajo una baldosa del patio de nuestra casa. Mientras no se empleen para algo penado por la ley, nadie nos podrá decir nada. No sucede lo mismo con el derecho divino. Siempre según el Evangelio, Dios nos entrega sus dones para que, una vez enriquecidos nosotros, podamos enriquecer a los demás. No podemos abusar de lo que recibimos ni, por respeto al que nos lo entregó, guardarlo improductivamente bajo el celemin.

Miedo a Dios: el mayor peligro del hombre

El siervo que devolvió a su Señor la onza recibida sin haberla explotado no sabemos, en el fondo, por qué lo hizo. Se suele decir que por negligencia y pereza. Mal hubiera estado, pero hay una frase en el Evangelio que me hace pensar en lo peor. Además de negligente, él mismo confiesa: “Te tenía miedo porque eres un hombre exigente”. Aquel hombre de la parábola no fue el único. Por desgracia, la experiencia nos dice que hay personas que tienen miedo a Dios. Y el miedo paraliza siempre y nos impide ser nosotros mismos y actuar como tales. Cuando Dios nos da miedo se nos presenta como una carga, como una opresión. El Dios mostrado por Jesús nunca puede ser eso para nosotros, sino todo lo contrario. Se nos ha mostrado con un corazón de padre-madre, que no quiere más que nuestro bien y que vivamos una vida plenamente humana y gratificante como el mejor de los vehículos para alcanzar la eterna.

Madurez y responsabilidad. “Negociad mientras vuelvo”

Negociemos mientras vuelve, porque volverá. Se trata de hacer vida en nosotros del don de Dios, de su cercanía, su amistad, su paternidad. Y, en segundo lugar, compartir esta perla, este tesoro, con todos aquellos que lo quieran aceptar, mostrando siempre una fraternidad universal.

Negociemos cada uno según nuestra capacidad y según el don recibido. No se trata de negociar y ganar más que los demás, sino lo que cada uno pueda, con honradez y con responsabilidad. Y con ilusión y con pacífica alegría. Será más fácil dejándonos llevar por el Espíritu Santo, como Santa Isabel de Hungría, madre feliz de familia, viuda dedicada casi por entero a los enfermos y marginados, y dispuesta siempre a ejercer la caridad allí donde se encontrara una persona necesitada. Murió a los 24 años, alcanzando la santidad de quien supo negociar hasta que llegó el Señor.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

“No reconociste el tiempo de mi venida”

Primera lectura

Lectura del libro del Apocalipsis 5,1-10:

Yo, Juan, vi en la mano derecha del que está sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, y sellado con siete sellos. Y vi a un ángel poderoso, que pregonaba en alta voz:

«¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos?».

Y nadie, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, podía abrir el libro ni mirarlo. Yo lloraba mucho, porque no se había encontrado a nadie digno de abrir el libro y de mirarlo. Pero uno de los ancianos me dijo:

«Deja de llorar; pues ha vencido el león de la tribu de Judá, el retoño de David, y es capaz de abrir el libro y sus siete sellos».

Y vi en medio del trono y de los cuatro vivientes, y en medio de los ancianos, a un Cordero de pie, como degollado; tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete espíritus de Dios enviados a toda la tierra. Se acercó para recibir el libro de la mano derecha del que está sentado en el trono. Cuando recibió el libro, los cuatro vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron ante el Cordero; tenían cítaras y copas de oro llenas de perfume, que son las oraciones de los santos. Y cantan un cántico nuevo:

«Eres digno de recibir el libro
y de abrir sus sellos,
porque fuiste degollado, y con tu sangre
has adquirido para Dios
hombres de toda tribu,
lengua, pueblo y nación;
y has hecho de ellos para nuestro Dios
un reino de sacerdotes,
y reinarán sobre la tierra».

Salmo de hoy

Sal 149, 1bc-2. 3-4. 5-6a y 9b (R/: cf. Ap 5, 10) R/. Has hecho de nosotros para nuestro Dios un reino de sacerdotes.

Cantad al Señor un cántico nuevo,
resuene su alabanza en la asamblea de los fieles;
que se alegre Israel por su Creador,
los hijos de Sión por su Rey. R/.

Alabad su nombre con danzas,
cantadle con tambores y cítaras;
porque el Señor ama a su pueblo
y adorna con la victoria a los humildes. R/.

Que los fieles festejen su gloria
y canten jubilosos en filas:
con vítores a Dios en la boca;
es un honor para todos sus fieles. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según san Lucas 19,41-44

En aquel tiempo, al acercarse Jesús a Jerusalén y ver la ciudad, lloró sobre ella, mientras decía:

«¡Si reconocieras tú también en este día lo que conduce a la paz! Pero ahora está escondido a tus ojos.

Pues vendrán días sobre ti en que tus enemigos te rodearán de trincheras, te sitián, apretarán el cerco de todos lados, te arrasarán con tus hijos dentro, y no dejarán piedra sobre piedra. Porque no reconociste el tiempo de tu visita».

Reflexión del Evangelio de hoy

“¿Quién hay digno de abrir sus sellos?”

Al terminar el año Litúrgico, las lecturas del Apocalipsis, nos recuerdan la parusía, el encuentro con Cristo y triunfo al final de los tiempos. Día en que Dios establecerá definitivamente su reino en el mundo. La narración está llena de imágenes, en un lenguaje que muchas veces nos cuesta entender.

Hoy nos habla de un cordero degollado, o sea inmolado, muerto; pero de pie, por tanto no vencido, resucitado; con siete cuernos indicándonos su fuerza y siete ojos, que todo lo ve, plenitud de la sabiduría; con siete espíritus, plenitud del Espíritu que procede del mismo Cristo y por Él es enviado por toda la tierra, de cuya plenitud todos recibimos la gracia.

Sólo el Cordero puede abrir el libro de los siete sellos, pues Él, Cristo es el único Salvador y rescató para Dios a toda la humanidad, esta muchedumbre de salvados, se une a los cuatro vivientes y a los veinticuatro ancianos Alabando al Cordero y en acción de gracias.

Que la fe mantenga nuestra esperanza y podamos unirnos en ese cántico de alabanza.

“No reconociste el tiempo de mi venida”

“La visita de Dios”, frase frecuente en el A.T. indica premios y castigos.

En los últimos tiempos, Dios ha visitado a su pueblo con la venida del Mesías, Cristo, pero el pueblo de Dios, no ha reconocido el momento de su venida, única tabla de salvación para la consecución de la Paz mesiánica anunciada por los profetas.

Jesús, como enviado por el Padre, también como buen judío, ama a Jerusalén y llora por ella al predecir su destrucción. Como el profeta Isaías anunció la destrucción de Jerusalén, por la dureza de sus corazones para aceptar el mensaje que les anunciaba la paz, tampoco ahora quieren reconocer el momento mesiánico, manifestado en las enseñanzas y los milagros realizados por Cristo y anunciados por los profetas para los tiempos mesiánicos.

También hoy, Dios sigue manifestándose, estemos atentos a su venida, no endurezcamos nuestro corazón.



Hna. María Pilar Garrúes El Cid
Misionera Dominica del Rosario

Vie

19

Nov

2010

Evangelio del día

Trigésimo tercera semana del Tiempo Ordinario - Año Par

“Mi casa es casa de oración”

Primera lectura

Lectura del libro del Apocalipsis 10, 8-11

Yo, Juan, escuché la voz del cielo que se puso a hablarme de nuevo diciendo:

«Ve a tomar el librito abierto de la mano del ángel que está de pie sobre el mar y la tierra».

Me acerqué al ángel y le pedí que me diera el librito. Él me dice:

«Toma y devóralo; te amargará en el vientre, pero en tu boca será dulce como la miel».

Tomé el librito de mano del ángel y lo devoré; en mi boca sabía dulce como la miel, pero, cuando lo comí, mi vientre se llenó de amargor.

Y me dicen:

«Es preciso que profetices de nuevo sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reinos».

Salmo de hoy

Sal 118, 14. 24. 72. 103. 111. 131 R/. ¡Qué dulce al paladar tu promesa, Señor!

Mi alegría es el camino de tus preceptos,
más que todas las riquezas. R/.

Tus preceptos son mi delicia,
tus enseñanzas son mis consejeros. R/.

Más estimo yo la ley de tu boca
que miles de monedas de oro y plata. R/.

¡Qué dulce al paladar tu promesa:
más que miel en la boca! R/.

Tus preceptos son mi herencia perpetua,
la alegría de mi corazón. R/.

Abro la boca y respiro,
ansiando tus mandamientos. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 19, 45-48

En aquel tiempo, Jesús entró en el templo y se puso a echar a los vendedores, diciéndoles:

«Escrito está: “Mi casa será casa de oración”; pero vosotros la habéis hecho una “cueva de bandidos”».

Todos los días enseñaba en el templo.

Por su parte, los sumos sacerdotes, los escribas y los principales del pueblo buscaban acabar con él, pero no sabían qué hacer, porque todo el pueblo estaba pendiente de él, escuchándolo.

Reflexión del Evangelio de hoy

Que dulce al paladar tu promesa

Es curiosa la conversión de algo que es dulce al paladar en algo amargo al llegar al estómago. Con esta realidad, el salmista compara el alimento espiritual con el natural tal y como lo experimenta el profeta de la primera lectura. Buscar la verdad es bello, pero decir la verdad cuesta. La luz ilumina y el fuego purifica, pero a veces preferimos seguir caminando en la penumbra. Por eso el profeta tiene una difícil labor, que no consiste precisamente en dulcificar el mensaje de Dios, sino en decir la verdad y la verdad a veces duele, aunque nunca hace daño. Cuando nos corrigen o tenemos que hacer alguna corrección, puede haber un momento de escozor, como la herida cuando se le echa agua oxigenada, pero luego cicatriza mejor y si quieres caminar en la luz, agradecerás el remedio. Amemos pues la verdad y defendámosla, aunque tengamos que sufrir el rechazo.

Mi casa es casa de oración

Jesús enseña a diario en el templo, lugar de encuentro con el verdadero rostro de Dios. Sus palabras son dulces y por eso agradaban al pueblo sencillo, pero eran también duras para aquellos que habían convertido en mercado la casa de su Padre.

Nosotros también podemos experimentar la dulzura del Señor contemplando su templo o bien amargar. Siempre que separemos la fe de nuestra vida, olvidando el amor y el servicio a los más necesitados, estamos convirtiendo la casa de Dios en un mercado. Tal vez tranquilicemos nuestra conciencia “cumpliendo” religiosamente los oficios mandados, pero no agradaremos a Dios, que ve nuestro corazón.

Presentamos a Jesús nuestras manos manchadas para que nos las purifique, limpie nuestro corazón de toda doblez y restablezca nuestra misión en la Iglesia.



Monasterio Ntra. Sra. de la Piedad - MM. Dominicás
Palencia

Sáb

20
Nov

2010

Evangelio del día

Trigésimo tercera semana del Tiempo Ordinario - Año Par

“Bendito el Señor, mi Roca.”

Primera lectura

Lectura del libro del Apocalipsis 11, 4-12

Me fue dicho a mí, Juan:

«Aquí están dos testigos míos, estos son los dos olivos y los dos candelabros que están ante el Señor de la tierra. Y si alguien quiere hacerles daño, sale un fuego de su boca y devora a sus enemigos; y si alguien quisiera hacerles daño, es necesario que muera de esa manera. Estos tienen el poder de cerrar el cielo, para que no caiga lluvia durante los días de su profecía, y tienen poder sobre las aguas para convertirlas en sangre y para herir la tierra con toda clase de plagas siempre que quieran.

Y cuando hayan terminado su testimonio, la bestia que sube del abismo les hará la guerra y los vencerá y los matará. Y sus cadáveres yacerán en la plaza de la gran ciudad, que se llama espiritualmente Sodoma y Egipto, donde también su Señor fue crucificado. Y gentes de los pueblos, tribus, lenguas y naciones contemplan sus cadáveres durante tres días y medio y no permiten que sus cadáveres sean puestos en un sepulcro. Y los habitantes de la tierra se alegran por ellos y se regocijan y se enviarán regalos unos a otros, porque los dos profetas fueron un tormento para los habitantes de la tierra».

Y después de tres días y medio, un espíritu de vida procedente de Dios entró en ellos, y se pusieron de pie, y un gran temor cayó sobre quienes los contemplaban. Y oyeron una gran voz del cielo, que les decía:

«Subid aquí».

Y subieron al cielo en una nube, y sus enemigos se quedaron mirándolos.

Salmo de hoy

Sal 143, 1bcd. 2. 9-10 R/. ¡Bendito el Señor, mi alcázar!

Bendito el Señor, mi Roca,
que adiestra mis manos para el combate,
mis dedos para la pelea. R/.

Mi bienhechor, mi alcázar,
baluarte donde me pongo a salvo,
mi escudo y refugio,
que me somete los pueblos. R/.

Dios mío, te cantaré un cántico nuevo,
tocaré para ti el arpa de diez cuerdas:
para ti que das la victoria a los reyes,
y salvas a David, tu siervo, de la espada maligna. R/

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según san Lucas 20, 27-40

En aquel tiempo, se acercaron algunos saduceos, los que dicen que no hay resurrección, y preguntaron a Jesús:

«Maestro, Moisés nos dejó escrito: "Si a uno se le muere su hermano, dejando mujer pero sin hijos, que tome la mujer como esposa y dé descendencia a su hermano». Pues bien, había siete hermanos; el primero se casó y murió sin hijos. El segundo y el tercero se casaron con ella, y así los siete, y murieron todos sin dejar hijos. Por último, también murió la mujer. Cuando llegue la resurrección, ¿de cuál de ellos será la mujer? Porque los siete la tuvieron como mujer».

Jesús les dijo:

«En este mundo los hombres se casan y las mujeres toman esposo, pero los que sean juzgados dignos de tomar parte en el mundo futuro y en la resurrección de entre los muertos no se casarán ni ellas serán dadas en matrimonio. Pues ya no pueden morir, ya que son como ángeles; y son hijos de Dios, porque son hijos de la resurrección.

Y que los muertos resucitan, lo indicó el mismo Moisés en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor: "Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob". No es Dios de muertos, sino de vivos: porque para él todos están vivos».

Intervinieron unos escribas:

«Bien dicho, Maestro».

Y ya no se atrevían a hacerle más preguntas.

Reflexión del Evangelio de hoy

Nos acercamos peligrosamente al Adviento-perdonad la referencia apocalíptica, pero no se nos ocurría una mejor forma de empezar-. Y esto se nota, como no podía ser menos, en las lecturas que la Iglesia nos propone para reflexionar hoy. Nos consideramos incapaces de abordar, de forma seria y letrada, la explicación exegética de ninguno de los dos textos de la Eucaristía de este penúltimo sábado antes del tiempo "verde", el de la Esperanza, el Adviento. Tampoco es eso lo que espera de nuestra comunidad en este comentario. Pero sí podemos compartir algunas claves que nos hagan ir un poco más al fondo de las propuestas bíblicas escogidas para el día.

Destacan, en la del Apocalipsis y en el Salmo 143 -qué poco caso hacemos a estas bellas oraciones, con lo mucho que tienen que enseñarnos la mayor parte de las veces- que Aquel/lla en quien creemos es nuestro apoyo, nuestra roca. Además, es fiel y por lo tanto, podemos confiar en que va a seguir a nuestro lado a pesar de que las cosas se tuerzan. Lo cierto es que, si decidimos ser sus testigos, es fácil que no pinten demasiado bien para nosotros. Hermanas y hermanos nuestros lo experimentan a diario.

A pesar de que su lenguaje resulta algo bélico para nuestros refinados oídos, estamos persuadidos de que siempre podremos decir con el salmista: "Mi bienhechor, mi alcázar/ baluarte donde me pongo a salvo,/mi escudo y mi refugio,/ que me somete los pueblos".

La lectura del evangelio nos mete en "un jardín" bastante florido. Nos habla de una tradición que se ha dado, no sólo en el pueblo de Jesús, el pueblo judío, sino también en muchas otras culturas humanas. No vamos a entrar en ello, ya lo habíamos avisado. Pero después de los primeros días de noviembre, no está mal que a los cristianos se nos recuerde que el nuestro "No es Dios de muertos, sino de vivos" -y lo hace el propio Jesús de Nazaret, ese a quien para según qué cosas seguimos al pie de la letra-



Comunidad El Levantazo
Valencia

